



RECURSOS DIDÁCTICOS

CUARTO DE SECUNDARIA

LITERATURA

ENRIQUE LÓPEZ ALBUJAR

◆ EL INDIGENISMO EN EL PERÚ:

Aquí pes hablando de nosotros.



La corriente Indigenista se manifestó en el Perú en la década del veinte junto con el Vanguardismo de influencia europea. Se manifestó tanto en Pintura como en Poesía y Narrativa.

Los antecedentes del Indigenismo se remontan a los yaravíes de Melgar y a los discursos exaltantes de Manuel González Prada que en 1904 ya afirmaba que "el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores".

Clorinda Matto de Turner es quien en *Aves sin nido* denuncia el abuso y la opresión al indígena proponiendo una solución moral y pedagógica. Estaría por otro lado José Carlos Mariátegui que en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) retoma algunas ideas de González Prada y conjuga el problema del indígena con los problemas socioeconómicos. Pese a todo esto, en estos escritores hay una limitación en conocer la subjetividad y el pensamiento mítico del hombre andino, al que sólo describen en sus carencias y sus faltas pero ignoran conocerlo en su forma de pensar y de actuar. Con Argüedas si podremos conocer la psicología que embarga al hombre indígena.

El indigenismo exalta la figura del indio y sus valores así como protesta por su situación postergada en el Perú. Se busca una profundización de la conciencia histórica para afirmar los elementos constitutivos de nuestra nacionalidad.

En **narrativa**, se retoma la figura del indio con veracidad y rigor, no como figura exótica o pintoresca; es un ser con virtudes y defectos.

En **poesía**, muchos van a escribir poemas indigenistas con técnicas vanguardistas.

◆ PRECURSOR DEL INDIGENISMO: LÓPEZ ALBÚJAR

SINOPSIS BIOGRÁFICA

- ▶ Enrique López Albújar nació el 23 de noviembre de 1872 en Chiclayo.
- ▶ Su padre Manuel López, se educó en Hamburgo y durante sus vacaciones había visitado Berlín, Viena, París, Londres, Bruselas y Roma. Esto es sorprendente tratándose de una familia de clase media pero el esfuerzo de Doña Rosa, la abuela del escritor, que logró reunir una pequeña fortuna en su hotel pensión hizo posible que sus dos hijos: Manuel e Isabel tuvieran una buena educación.
- ▶ Enrique López fue hijo de la juventud como él mismo nos explica: " Yo era un hijo de la juventud, nací cuando mi padre tenía apenas 22 y mi madre 18". A falta de escuelas adecuadas en Morropón, provincia del interior de Piura, es mandado a la casa de sus abuelos a quien más adelante recordará en *De mi Casona*.
- ▶ Estudió en el Colegio de Don Manuel Váscones, el Colegio Nacional de San Miguel y en el Colegio Particular del alemán Mister Welser.

- ▶ Vuelve a Morropón y se matricula en el Liceo del Dr. Marticorena. Aquí se inicia con versos amorosos que vendía a sus compañeros de clase para que ellos los usarán a discreción. De esta manera ganaba muchas cosas: entradas a los toros o al teatro; o por lo menos, un dulce a la hora del recreo.
- ▶ En Lima concluirá sus estudios secundarios en los Colegios de Arístides García Godos y Nuestra Señora de Guadalupe.
- ▶ Ingresó a la Facultad de Letras de la Universidad San Marcos. Su educación fue de gran estrechez económica pero a pesar de eso él vivía en el mejor hotel de la capital, se vestía en las mejores sastrerías y se daba el lujo de tener caballo de carrera.
- ▶ Por ser un poeta incisivo y un periodista valiente, conoció la cárcel, la popularidad.
- ▶ Siguió con la carrera de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. En 1895 publicó *Miniaturas*, pequeño libro de poemas.
- ▶ Escribió en diarios y revistas. Fue a juicio por hacer un poema en contra del Gobierno de Andrés Avelino Cáceres cuando sólo contaba con 20 años. Colaboró en "La Cachiporra" y "La Tunda". Fue también colaborador del periódico "La República".
- ▶ Escribes dos dramas: *Desolación* y *Demasiado Tarde*
- ▶ Funda en Piura en 1901 una filial del Partido Liberal y hasta el año 1914 es jefe de ésta. De igual modo en 1904 publica y dirige "El amigo del Pueblo", semanario de Literatura y combate.
- ▶ En el gobierno de Augusto B. Leguía lo acusan de participación en el movimiento revolucionario de 1908 por filiación política con Durán. Va a prisión.
- ▶ Desempeña puestos judiciales en Piura y Tumbes. En 1916 es redactor principal de "La Prensa" de Lima. Se casa con Lucila Frint y tiene 8 hijos.
- ▶ En 1920 publica *Cuentos Andinos* y en 1924 publica la segunda edición de éste y *De mi Casona*.
- ▶ En 1928 publica *Matalaché*. En Chiclayo publica *Calderonadas*.
- ▶ Fue Juez de la Instancia en Huánuco y absolvió a los culpables de un caso de adulterio doble. Fue suspendido por tres meses. En 1930 lo nombran Juez de Primera Instancia de Piura. El Segundo Gobierno de Leguía lo llamó para desempeñar la Dirección de Educación artística, museo y bibliotecas en el Ministerio de Educación. Renunció cuando Sánchez Cerro entra al poder.
- ▶ En 1936 publica *Los Caballeros del delito* y en 1937 *Nuevos Cuentos Andinos*. En 1943 *Poesías de la tierra brava* y *El hechizo de Tomayquichua*.
- ▶ Fue Profesor de Historia en el Colegio Nacional de San Miguel de Piura.
- ▶ En 1941 fue elegido miembro de la Academia Peruana de la Real Lengua Española y en Nueva York da conferencias sobre asuntos indígenas. Se jubila y vive durante 19 años en Tacna.
- ▶ En 1950 recibe el Premio Nacional de Novela por su colección de cuentos *Las caridades de la Señora de Tordova*.
- ▶ Muere en 1966 a la edad de 90 años.



ANÁLISIS DE CUENTOS ANDINOS

Cuentos Andinos deja entrever ver por primera vez que los hombres de la sierra albergan en su corazón sentimientos profundos: odio, amor, dolor, placer. El indio de Albújar es un ser de carne y hueso con apetitos y pasiones, con vicios y virtudes y con fuertes deseos de venganza.

Enrique López Albújar presenta al indio como lo ve, no tiene una intención social. El indio siervo, explotado no aparece en su obra. Al contrario si se siente así él puede levantarse y erigirse como vengador. Veamos algunos rasgos comunes en su obra:

No sabía que el indio
tuviera más defectos que
virtudes.



▪ **El indio no conoce la miseria:**

López Albújar manifiesta que el indio dentro de su vida comunal, apartado de lo occidental puede ser feliz, rico, adaptado y copar así las vicisitudes de la vida. Si juzgamos al indio con nuestra mirada occidental afirmaremos con el indio es pobre pero es erróneo porque su medio es diferente al nuestro. Es por eso que se ha creado una literatura de tendencia social en la cual se muestra al indio víctima de los que se hallan mejor socialmente.

▪ **Estabilidad de la Comunidad:**

Los indios que viven apartados en sus comunidades, no quieren cambios que afecten la tradición. Ellos dicen "indio letrado, indio renegado": ya que los que aprenden a leer y a escribir se alejan de su cultura de origen y asumen la nueva menospreciando y explotando a su raza.

▪ **Costumbres Políticas:**

Para dirigir la comunidad, el virtual alcalde debe de pasar muchas pruebas difíciles. Debe ser experto en asuntos religiosos y en costumbres comunales. Sus obligaciones y las de sus ayudantes están sujetas a la crítica del Pueblo. Los **Yayas** son viejos sabios que el alcalde lo reúne para pedirles consejo. Ellos deciden el castigo a los que incumplen las leyes de la comunidad. **Jitarishum** es la expulsión del indio de la comunidad y constituye lo peor que puede haber. La administración de la justicia es rápida, severa e insobornable.

▪ **La Iglesia y la Comunidad:**

En el aspecto religioso el indio es ecléctico. Es panteísta, paganista y rinde culto para obtener beneficios en sus quehaceres menudos. El santo de ellos muestra superioridad sobre los del pueblo vecino.

▪ **El indio y el "misti":**

El "misti" (blanco o mestizo) al indio trata de robarle y engañarle. Jamás confía en él. Es por eso que el indio presenta dos caras: una es en las relaciones con el Ayllu en el que se muestra franco en el trato, solemne en el rito, recto e incorruptible; y otra en sus relaciones con los mistis: hipócrita, taimado, receloso, falso, interesado, negligente y sórdido. Al vivir en dos mundos: el suyo y el del misti se adaptan a este ambiente sin llegar a confundir su personalidad.

▪ **El amor:**

El amor es cosa secundaria en el indio. No se casa por amor, sino por cálculo. Le interesa en una mujer la salud, la fuerza física y la dote.

▪ **Indio Bandolero:**

El criminal indio existe cuando se da la opresión del Capitalismo, donde la distribución de la tierra es injusta. El indio bandolero personifica la protesta del oprimido. Hay dos clases de "pistachos":

1. El que hace justicia a su manera.
2. El que mata por lucro o goce: ensañamiento con su víctima sin más motivo que el de su propia voluntad y deseo.

Ambos siguen un elaborado ritual de muerte de no ser así su vida misma estaría en peligro. Debe de sacarle los ojos al vencido para que no indique a la familia donde está el matador y la lengua para que no avise y si ha sido valiente es mejor comerle el corazón porque da más valor.

▪ **La coca:**

Tiene poderes adivinatorios. Si está dulce es señal buena pero si está amarga trae la infelicidad. Tiene sus desventajas pues hace que el indio se vuelva lento, triste, fatalista y huraño

Lectura...



El Campeón de la Muerte

Se había puesto el sol y sobre la impresionante tristeza del pueblo comenzaba a asperjar la noche sus gotas de sombra. Liberato Tucto, en cuclillas a la puerta de su choza, *chachaba*, obstinado en que su coca le dijera qué suerte había corrido su hija, raptada desde hacía un mes por un mozo del pueblo, a pesar de su vigilancia.

Durante esos treinta días su consumo de coca había sobrepasado al de costumbre. Con regularidad matemática, sin necesidad de cronómetro que le precisara el tiempo, cada tres horas, con rabia sorda y lenta, de indio socarrón, y cachazudo, metía mano al *huallqui*, que, inseparable y terciado al cuerpo, parecía ser su fuente de consuelo. Sacaba la hoja sagrada a puñaditos, con delicadeza de joyero que recogiera polvo de diamantes, y se la iba embutiendo y aderezando con la cal de la *shipina*, la que entraba y salía rápidamente de la boca como la pala del horno.

Con la cabeza cubierta por un cómico gorro de lana, los ojos semioblicuos y fríos -de frialdad ofídica- los pómulos de prominencia mongólica, la nariz curva, agresiva y husmeadora, la boca tumefacta y repulsiva por el uso inmoderado de la coca, que dejaba en los labios un ribete verduusco y espumoso, y el poncho listado de colores sombríos en el que estaba semienvuelto, el viejo Tucto parecía, más que un hombre de estos tiempos, un ídolo incaico hecho carne.

Y de cada *chacchada* no había obtenido la misma respuesta. Unas veces la coca le había parecido dulce y otras amarga, lo que le tenía desconcertado, indeciso, sin saber qué partido tomar. Por antecedentes de notoriedad pública sabía que Hilario Crispín, el raptor de su hija, era un indio de malas entrañas, gran bebedor de *chacta*, ocioso, amigo de malas juntas y seductor de doncellas; un mostrenco, como castizamente llaman por estas tierras al hombre desocupado y vagabundo. Y para un indio honrado esta es la peor de las tachas que puede tener un pretendiente.

¿A dónde habría llevado el muy pícaro a su Faustina? ¿Qué vida estaría haciéndola pasar? ¿O la habría abandonado ya en represalia de la negativa que él, como hombre juicioso, le hiciera al padre de Crispín cuando fue a pedírsela para su hijo?

En estas hondas meditaciones estaba el viejo Tucto el trigésimo día del rapto de la añorada doncella, cuando de entre las sombras de la noche naciente surgió la torva figura de un hombre, que, al descargar en su presencia el saco que traía a las espaldas, dijo:

-Viejo, aquí te traigo a tu hija para que no la hagas buscar tanto, ni andes por el pueblo diciendo que un mostrenco se la ha llevado.

Y, sin esperar respuesta, el hombre, que no era otro que Hilario Crispín, desató el saco y vació de golpe el contenido, un contenido nauseabundo, viscoso, horripilante, sanguinolento, macabro, que, al caer, se esparció por el suelo, despidiendo un olor acre y repulsivo. Aquello era la hija de Tucto descuartizada con prolijidad y paciencia diabólicas, escalofrantes, con un ensañamiento de loco trágico.

Y con sarcasmo diabólico, el indio Crispín, después de sacudir el saco, añadió burlonamente:

-No te dejes el saco porque puede servirme para ti si te atreves a cruzarte en mi camino.

Y le volvió la espalda.

Pero el viejo, que, pasada la primera impresión, había logrado impasibilizarse, levantóse y con tranquilidad, inexplicable en hombres de otra raza, exclamó:

-Harás bien en llevarte tu saco; será robado y me traería mala suerte. Pero ya que me has traído a mi hija debes dejar algo para las velas del velorio y para atender a los que vengan a acompañarme. ¿No tendrás siquiera un sol?

Crispín, que comprendió también la feroz ironía del viejo, sin volver la cara respondió:

-¡Qué te podrá dar un mostrenco! ¿No quisieras una cuchillada, viejo ladrón?

Y el indio desapareció, rasgando con una interjección flagelante el silencio de la noche...

II

Entre la falda de una montaña y el serpenteo atronador y tormentoso del Marañón yacen sobre el regazo fértil de un valle cien chozas desmedradas, rastreras y revueltas, como cien fichas de dominó sobre un tapete verde. Es Pampamarca. En medio de la vida pastoril y semibárbara de sus moradores, la única distracción que tienen es el tiro al blanco, que les sirve de pretexto para sus grandes bebezones de chicha y chacta y para consumir también gran cantidad de cápsulas, a pesar de las dificultades que tienen que vencer para conseguirlas, llevándoles su afición, hasta pagar en casos urgentes media libra por una cacerina de máuser. A causa de esto tienen agentes en las principales poblaciones del departamento, encargados de proveerles de munición por todos los medios posibles, los que, conocedores del interés y largueza de sus clientes, explotan el negocio con una desmedida sordidez, multiplicando el valor de la siniestra mercancía y corrompiendo con precios tentadores a la autoridad política y al gendarme.

Y cuando el agente es moroso o poco solícito, ellos bajan de sus alturas, sin importarles las grandes distancias que tienen que recorrer a pie, y se les ve entonces en Huanuco, andando lentamente, como distraídos, con caras de candor rayanas en la idiotez, penetrando en todas las tiendas, hasta en las boticas, en donde comienzan por preguntar tímidamente por las clásicas cápsulas del 44 y acaban por pedir balas de todos los sistemas en uso. Se les conoce tanto que, a pesar del cuidado que ponen en pasar inadvertidos, todo el que los ve murmura despectivamente: "shucuy de Dos de Mayo", y los comerciantes los reciben con una amabilidad y una sonrisa que podría traducirse en esta frase: "Ya sé lo que quieres, shucuyito: munición para alguna diablura".

Es en este caserío, en estas tierras de tiradores -*illapaco jumapa*-, como se les llama en la provincia, donde tuvo la gloria de ver por primera vez el sol Juan Jorge, flor y nata de *illapacos*, habiendo llegado a los treinta años con una celebridad que pone los pelos de punta cuando se relatan sus hazañas y hace desfallecer de entusiasmo a las doncellas indias de diez leguas a la redonda. Y viene a aumentar esta celebridad, si cabe, la fama de ser, además, el mozo un eximio guitarrista y un cantor de yaravíes capaz de doblegar el corazón femenino más rebelde.

Y también porque no es un *shucuy*, ni un *cicatero*. Y en cuanto a vestir y calzar, calza y viste como lo *mistis*, y luce cadena y reloj cuando baja a los *pueblos grandes* a rematar su *negocio* -como dice él mismo- que consiste en eliminar de este mezquino mundo a algún predestinado al honor de recibir entre los dos ojos una bala suya.

III

En lo que Juan Jorge no andaba equivocado, porque su fortuna y bienestar eran fruto de dos factores suyos: el pulso y el ojo.

IV

Y fue a este personaje, a esta flor y nata de *illapacos*, a quien el viejo Tucto le mandó su mujer para que contratara la desaparición del indio Hilario Crispín, cuya muerte era indispensable para tranquilidad de su conciencia, satisfacción de los yayas y regocijo de su Faustina en la otra vida.

La mujer de Tucto, lo primero que hizo, después de saludar humildemente al terrible *illapaco*, fue sacar un puñado de coca y ofrecérselo con estas palabras:

-Para que endulces tu boca, *taita*.

-Gracias, abuela; siéntate.

Juan Jorge aceptó la coca y se puso a *chacchar* lentamente, con la mirada divagante, como embargado por un pensamiento misterioso y solemne. Pasado un largo rato, preguntó:

-¿Qué te trae por aquí Marina?

-Vengo para que me desaparezcas a un hombre malo.

-¡Hum! Tu coca no está muy dulce...

-Tomarás más, *taita*. Yo la encuentro muy dulce... y también te traigo *Ishcayrealgota*.

Y sacando la botella de agua de florida llena de *chacta* se la pasó al *illapaco*.

-Bueno. Beberemos.

Y ambos bebieron un buen trago, paladeándole con una fruición más fingida que real.

-¿Quién es el hombre malo y qué ha hecho, por que tú sabrás que yo no me alquilo sino para matar criminales. Mi máuser es como la vara de la justicia...

-Hiralio Crispín, de Patay - Rondos, *taita*, que ha matado a mi Fausta.

-Lo conozco; buen cholo. Lástima que haya matado a tu hija, porque es un indio valiente y no lo hace mal con la carabina. Su padre tiene terrenos y ganados. ¿Y estás segura de que Crispín es el asesino de tu hija?

-Como de que ayer la enterramos. Es un perro rabioso, un mostrenco.

-¿Y cuánto vas a pagar porque lo mate?

-Hasta dos toros me manda a ofrecerte Liberato.

-No me conviene. Ese cholo vale cuatro toros; ni uno menos.

-Se te darán, *taita*. También me encarga Liberato decirte que han de ser diez tiros los que le pongas al mostrenco, y que el último sea el que le despene.

Juan Jorge se levantó bruscamente y exclamó:

-¡Tatau! Pides mucho. Pides una cosa que nunca he hecho, ni se ha acostumbrado jamás por aquí.

-Se te pagará, *taita*. Tiras bien y te será fácil.

Juan Jorge volvió a sentarse, se echó un poco de coca a la boca y después de meditar un gran rato en quién sabe qué cosas, que le hicieron sonreír, dijo:

-Bueno; diez, quince y veinte si quieres. Pero te advierto que cada tiro va a costarle a Liberato un carnero de yapa. Los tiros de máuser están hoy muy escasos y no hay que desperdiciarlos en caprichos que pague su capricho Tucto. Además, haciéndole tantos tiros a un hombre, corro el peligro de desacreditarme, de que se rían de mí hasta los escopeteros.

-Se te darán las yapas, taita. De lo demás no tengas cuidado. Yo haré saber que lo has hecho así por encargo.

-Juan Jorge se frotó las manos, sonrió, dióle una palmadita a la Martina y resolviese a sellar el pacto con estas palabras:

-De aquí a mañana haré averiguar con mis agentes si es verdad que Hilario Crispín es el asesino de tu hija, y si así fuera, mandaré por el ganado como señal de que acepto el compromiso.

V

Cuatro días después comenzó la persecución de Hilario Crispín. Jorge y Tucto se metieron en una aventura preñada de dificultades y peligros, en que había que marchar lentamente, con precauciones infinitas, ascendiendo por despeñaderos horripilantes, cruzando sendas inverosímiles, permaneciendo ocultos entre las rocas horas enteras, descansando en cuevas húmedas y sombrías, evitando encuentros sospechosos, esperando la noche para proveerse de agua en los manantiales y quebradas. Una verdadera cacería épica, en la que el uno dormía mientras el otro avizoraba, lista la carabina para disparar. Peor que si se tratara de cazar a un tigre.

Y el *illapaco*, que a previsor no le ganaba ya ni su maestro Ceferino, había preparado el máuser, la víspera de la partida, con un esmero y una habilidad irreprochables. Porque Juan Jorge, fuera de saber el peligro que corría si llegaba a descuidarse y ponerse a tiro del indio Crispín, feroz y astuto, estaba obsesionado por una preocupación, que sólo por orgullo se había atrevido a arrostrarla: tenía una superstición suya, enteramente suya según la cual un *illapaco* corre gran riesgo cuando va a matar a un hombre que completa cifra impar en la lista de sus víctimas. Tal vez por eso siempre la primera víctima hace temblar el pulso más que las otras, como decía el maestro Ceferino. Y Crispín, según su cuenta, iba a ser el número sesenta y nueve. Esta superstición la debía a que en tres o cuatro ocasiones había estado a punto de parecer a manos de sus victimados, precisamente al añadir una cifra impar a la cuenta.

Por esta razón sólo se aventuraba en los desfiladeros después de otear largamente todos los accidentes del terreno, todas las peñas y recovecos, todo aquello que pudiera servir para una emboscada.

Así pasaron tres días. En la mañana del cuarto, Juan Jorge, que ya se iba impacientando y cuya inquietud aumentaba a medida que transcurría el tiempo, dijo, mientras descansaba a la sombra de un peñasco:

-Creo que el cholo ha tirado largo, o estará metido en alguna cueva, de donde sólo saldrá de noche.

-El mostrenco está por aquí, taita. En esta quebrada se refugian todos los asesinos y ladrones que persigue la fuerza. *Cunce Maille* estuvo aquí un año y se burló de todos los gendarmes que lo persiguieron.

-Peor entonces. No vamos a encontrar a Crispín ni en un mes.

-No será así, taita. Los que persiguen no saben buscar; pasan y pasan y el perseguido está viéndoles pasar.

Hay que tener mucha paciencia. Aquí estamos en buen sitio y te juro que no pasará el día sin que aparezca el mostrenco por la quebrada, o salga de alguna cueva de las que ves al frente. El hambre o la sed le harán salir.

Esperemos quietos.

Y tuvo razón Tucto al decir que Crispín no andaba lejos, pues a poco de callarse, del fondo de la quebrada surgió un hombre con la carabina en la diestra, mirando a todas partes recelosamente y tirando de un carnero, que se obstinaba en no querer andar.

-Lo ves, taita -dijo levemente el viejo Tucto, que durante toda la mañana no había apartado los ojos de la quebrada-. Es Crispín. Cuando yo te decía... Apúntale, apúntale; asegúralo bien.

Al ver Juan Jorge a su presa se le enrojecieron los ojos, se le inflaron las narices, como al llama cuando husmea cara al viento, y lanzó un hondo suspiro de satisfacción. Revisó en seguida el máuser y después de apreciar rápidamente la distancia, contestó:

-Ya lo ví; se conoce que tiene hambre, de otra manera no se habría aventurado a salir de día de su cueva. Pero no voy a dispararle desde aquí; apenas habrán unos ciento cincuenta metros y tendría que variar todos mis cálculos. Retrocedamos.

-¡Taita, que se te va a escapar!...

-¡No seas bruto! Si nos viera, más tardaría él en echar a correr que yo en meterle una bala. Ya tengo el corazón tranquilo y el pulso firme.

Y ambos, arrastrándose felinamente y con increíble rapidez, fueron a parapetarse tras una blanca peñolería que semejava una reventazón de olas.

-Aquí estamos bien -murmuró Juan Jorge-. Doscientos metros justos; lo podría jurar.

Y, después de quitar el seguro y levantar el librillo, se tendió con toda la corrección de un tirador de ejército, que se prepara a disputar un campeonato, al mismo tiempo que musitaba:

-¡Atención, viejito! Está en la mano derecha para que no vuelva a disparar más. ¿Te parece bien?

-Si taita, pero no olvides que son diez tiros los que tienes que ponerle. No vayas a matarlo todavía.

Sonó un disparo y la carabina voló por el aire y el indio Crispín dio un rugido y un salto tigresco, sacudiendo furiosamente la diestra. En seguida miró a todas partes, como queriendo descubrir de donde había partido el disparo, recogió con la otra mano el arma y echó a correr en dirección a unas peñas; pero no habría avanzado diez pasos cuando un seguro tiro le hizo caer y rodar al punto de partida.

-Esta ha sido en la pierna derecha -dijo sonriendo el feroz *illapaco*- para que no pueda escapar. Veo que completaré con felicidad mi sesenta y nueve. Y volvió a encararse el arma y un tercer disparo fue a romperle al infeliz la otra pierna. El indio trató de incorporarse, pero solamente logro ponerse rodillas. En esta actitud levantó las manos al cielo, como demandando piedad, y después cayó de espaldas, convulsivo, estertorante, hasta quedarse inmóvil.

-¡Los has muerto, taita!



-No, hombre. Yo sé donde apunto. Está más vivo que nosotros. Se hace el muerto por ver si lo dejamos allí, o cometemos la tontería de ir a verlo, para aprovecharse él del momento y meternos una puñalada. Así me engañó una vez José Illatopa y casi me vacía el vientre. Esperemos que se mueva.

Y Juan Jorge encendió un cigarro y se puso a fumar, observando con interés las espirales del humo.

-¿Te fijas, viejo? El humo sube derecho; buena suerte.

-Va a verte Crispín, taita, no fumes.

-No importa. Ya está al habla con mi máuser.

El herido, que al parecer había simulado la muerte, juzgando tal vez que había transcurrido ya el tiempo suficiente para que el asesino lo hubiera abandonado, o quizás por no poder ya soportar los dolores que, seguramente, estaba padeciendo, se volteó y comenzó a arrastrarse en dirección a una cueva que distaría uno cincuenta pasos.

Juan volvió a sonreír y volvió a apuntar, diciendo:

-A la mano izquierda...

y así fue: la mano izquierda quedó destrozada. El indio, descubierto en su juego, aterrorizado por la certeza y ferocidad con que le iban hiriendo, convencido de que su victimador no podía ser otro que el *illapaco* de Pampamarca, ante cuyo máuser no había salvación posible, lo arriesgó todo y comenzó a pedir socorro a grandes voces y a maldecir a su asesino.

Pero Juan Jorge, que había estado siguiendo con el fusil encarado todos los movimientos del indio, aprovechando del momento en que éste quedará de perfil, disparó el quinto tiro, no sin haber dicho antes:

-Para que calles...

el indio calló inmediatamente, como por ensalmo, llevándose a la boca las manos semimutiladas y sangrientas. El tiro le había destrozado la mandíbula inferior. Y así fue hiriéndole el terrible *illapaco* en otras partes del cuerpo, hasta que la décima bala, penetrándole por el oído, le destrozó el cráneo.

Había tardado una hora en este satánico ejercicio; una hora de horror, de ferocidad siniestra, de refinamiento inquisitorial, que el viejo Tucto saboreó con fruición y que fue para Juan Jorge la hazaña más grande de su vida de campeón de la muerte.

En seguida descendieron ambos hasta donde yacía destrozado por diez balas, como un andrajo humano, el infeliz Crispín. Tucto le volvió boca arriba de un puntapié, desenvainó su cuchillo y diestramente le sacó los ojos.

-Estos -dijo, guardando los ojos en el *huallqui*- para que no me persigan; y ésta -dándole una feroz tarascada a la lengua- para que no avise.

-Y para mí el corazón -añadió Juan Jorge-. Sácalo bien. Quiero comérmelo porque es de un cholo muy valiente.

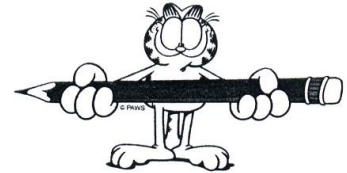
Glosario

SOBRE MATALACHÉ

La acción transcurre en Piura en la Fábrica La Tina, propiedad de Don Juan Francisco quien tiene a su cargo esclavos que se dedican a la fabricación de jabones y al curtido de pieles. El capataz es José Manuel, un mulato a quien apodan Matalaché por mostrar una fuerza y virilidad a flor de piel y a quien mandan al *empreñadero* para embarazar a las esclavas de haciendas vecinas con el consentimiento de sus amas. Con la llegada de María Luz a la Fábrica se inician los amores con el mulato José Manuel que terminará en desgracia



TAREA DOMICILIARIA



I. Responder correctamente a las siguientes preguntas:

1. ¿Cuándo se origina el Indigenismo en el Perú?
2. ¿Cuáles son las obras más importantes de López Albújar?
3. ¿Cómo es el indio de López Albújar?
4. ¿Por qué el indio no conoce la miseria?
5. ¿Qué propiedades tiene la coca y que consecuencias trae al indio?

II. Completar:

1. Obra donde López Albújar rememora sus recuerdos de infancia pasados en la casa de sus abuelos
_____.
2. Colección de Cuentos por el que ganó el Premio Nacional de Novela en 1950
_____.
3. Ingresó a la Universidad de _____.
4. Colaboró en revistas como _____ y _____. En periódicos
_____ y _____.
5. López Albújar es considerado como _____.

III. Señale V o F:

1. López Albújar estuvo en la cárcel en dos oportunidades ()
2. Colaboró en diarios y revistas de la época ()
3. Fue Juez de Primera Instancia ()
4. Nació en Piura ()
5. El indio es un ser de carne y hueso ()

IV. Sobre la lectura "El Campeón de la Muerte" responder lo siguiente:

1. ¿Quién es Hilario Crispín?
2. ¿Qué tipo de indio bandolero es Juan Jorge?
3. Al final del cuento ¿Juan Jorge logra matar a Hilario Crispín?. Si lo hace, ¿qué ritual sigue en el cuerpo del muerto?
4. ¿Cómo es el indio en este cuento?